

no sabe qué hacerse, le obliga á cada instante á que prometa esto ó aquello sin distincion, ni eleccion, ni medida; fastidiado, abrumado el niño con todas estas promesas, las descuida, se olvida de ellas, las desdeña, en fin, y contemplándolas como cláusulas de un vano formulario, tiene á juguete hacerlas y violarlas. Si queréis que sea fiel en el cumplimiento de su palabra, sed recatado en exigirselas.

Lo que acabo de explicar circunstanciadamente acerca de la mentira, se puede aplicar bajo muchos respectos á todas las demás obligaciones que al paso que se las prescriben á los niños, se las hacen no solo aborrecibles, sino tambien impracticables. Predicándoles en la apariencia la virtud, les hacen amar todos los vicios; y se los inspiran prohibiéndoles que los contraigan. Si los quieren hacer piadosos, los llevan á que se aburran á la iglesia, haciéndoles que sin cesar barbulen oraciones entre dientes, y los fuerzan á que aspiren á la dicha de no tener precision de encomendarse á Dios. Para inspirarles la caridad, les hacen dar limosna, como si tuviesen los maestros á menos el darla ellos propios. ¡Ah! que no es el niño quien debe dar, sino el maestro; por mucho afecto que á su alumno tenga, no le debe ceder este honor, y debe darle á conocer que de su edad no es todavía acreedor á él. Es la limosna una accion del hombre que sabe el valor de lo que da, y la necesidad que tiene su semejante. El niño que nada de eso conoce, no puede contraer mérito alguno en dar; que da sin caridad ni beneficencia, casi con vergüenza, fundándose en el ejemplo de que solo los niños son los que dan limosna, nunca los mayores.

Nótese que jamás hacen dar al niño otras cosas que aquellas cuyo valor no conoce; piezas de metal que lleva en el bolsillo y que solo para eso le sirven. Antes daría un niño cien doblones que un bollo. Digase á este partidador pródigo, que dé cosas á que tenga apego, sus juguetes, sus dulces, su merienda, y en breve veremos si le habeis hecho verdaderamente liberal.

Tambien hallan otro recurso para esto, y es volver al instante al niño lo que ha dado, de suerte que acostumbra á dar todo aquello que sabe que le van á volver.

No he visto en los niños mas que estas dos especies de generosidad: dar lo que de nada les sirve, ó dar lo que están ciertos que les han de restituir. Haced de manera, dice Locke, que por experiencia se convenzan de que siempre el mas liberal sale mejor librado; eso es hacer al niño liberal en la apariencia, y avaro en la realidad. Añade que así contraerán los niños el hábito de la liberalidad: si, de una liberalidad usurera que da uno por sacar ciento. Se ha de atender al hábito del alma, no al de las manos. A esta se parecen todas las demás virtudes que enseñan á los niños. ¡Y por predicarles virtudes tan sólidas, consumen en la tristeza sus primeros años! Cierito que es sapientísima semejante educacion.

Maestros, dejaos de puerilidades, sed virtuosos y buenos, y grábense vuestros ejemplos en la memoria de los alumnos, interin pueden penetrar en su corazon. En vez de darme prisa á exigir del mio obras de caridad, mas quiero hacerlas yo en su presencia y quitarle hasta la facultad de imitarme en esto, como una honra que no compete á su edad, porque importa que no se acostumbre á reputar las obligaciones de los hombres por meras obligaciones de niños. Y si al ver que asisto á los pobres me hace preguntas sobre esto, y hallo que sea tiempo de responderle (1), le diré: «Amigo mio, esto consiste en que cuando los pobres consintieron en que hubiera ricos, prometieron los ricos mantener á todos aquellos que ni con sus bienes ni con su trabajo se pudieran sustentar.»—«¿Con que tambien V. lo prometió?» responderá.—«Sin duda; yo no soy dueño del caudal que en mis manos tengo, si no es con la condicion aneja á su propiedad.»

Entendido este discurso (y ya se ha visto cómo se ha de poner al niño en estado de entenderle), á otro que á Emilio le daría tentacion de imitarme, conduciéndose como hombre rico: en tal caso, estorbaria á lo menos que lo hiciese con ostentacion; mas quisiera que me ro-

(1) Se ha de entender que respondo yo á estas preguntas, no cuando él quiere, sino cuando yo quiero; de otro modo me sujetaria á sus voluntades, y me constituiria en la mas peligrosa dependencia en que pueda vivir unayo respecto de su alumno.

base mi derecho y se escondiese para dar. Fraude propio de su edad, y el único que le perdonara yo.

Bien sé que las virtudes de imitación son como las de los monos, y que una buena acción hecha, no porque lo es, sino porque la hacen otros, no es moralmente buena. Empero es menester hacer que imiten los niños los actos cuyo hábito queremos que contraigan, pues que en su edad nada todavía siente su corazón, interin llega tiempo de que por discernimiento y amor del bien puedan hacerlos. Imitador es el hombre; lo es hasta el animal; la propensión á imitar sale de la naturaleza bien ordenada, pero en la sociedad degenera en vicio. Imita el mono al hombre que teme, y no á los animales que desprecia; y cree bueno lo que un ser mejor que él hace. Entre nosotros, por el contrario, imitan nuestros micos lo hermoso para rebajarlo y ridiculizarlo; intimamente convencidos de su villanía se procuran igualar con lo que mas que ellos vale; ó si se esfuerzan en imitar lo que les parece digno de admiración, en la elección de los objetos, se echa de ver el perverso gusto de los imitadores, que más quieren engañar á los otros ó hacer elogiar su talento, que tornarse más sabios ó mejores. Entre los hombres procede el fundamento de la imitación, del deseo de trasladarse siempre fuera de sí propio; y si salgo airoso con mi empresa, no tendrá por cierto Emilio semejante deseo: así será fuerza que renunciemos al bien aparente que pueda producir.

Profundizad todas las reglas de vuestra educación, las hallareis todas al revés de la razón, particularmente en lo que toca á las virtudes y á las costumbres. La única lección de moral que á la infancia conviene, y la que mas importa en cualquier edad, es no hacer nunca mal á nadie. El mismo precepto de hacer bien, si á este no va subordinado, es peligroso, equivocado y contradictorio. ¿Quién hay que no haga bien? Todo el mundo es benéfico; el perverso como los otros, á costa de cien miserables, hace á uno dichoso; y de aquí provienen todas nuestras calamidades. Las mas sublimes virtudes son negativas, y por eso mismo son mas dificultosas, porque ni se puede hacer alarde de ellas, ni las paga

aquel deleite tan suave para el pecho humano, de que se vaya otro contento de nosotros. ¡Oh, cuánto bien hace por necesidad á sus semejantes aquel, si alguno hay entre ellos, que nunca les hace mal! ¡Cuán intrépido ánimo, cuán esforzado carácter necesita para ello! No ratiocinando acerca de esta máxima y procurando ponerla en práctica, se reconoce cuán grande y penosa cosa es acomodar con ella su conducta (1).

Acabo de dar alguna concisa idea de las precauciones con que quisiera yo que á los niños se les dieran las instrucciones que á veces no se les pueden negar, sin exponerlos á que hagan daño á los demás ó á sí propios, y con especialidad á contraer malos hábitos, que luego serian dificultosos de corregir; pero estamos ciertos de que rara vez nos veremos en esta necesidad con niños educados como deben serlo, porque no puede ser que se tornen indóciles, malos, embusteros, ansiosos, si no se han plantado en su corazón los vicios que tales los hacen; de suerte que lo que sobre este punto llevo dicho, mas que á las reglas se aplica á las excepciones; empero son mas comunes estas excepciones al paso que mas ocasiones tienen los niños de salir de su estado, y contraer los vicios de los hombres. Los que en el tráfigo del mundo se educan por precisión, necesitan mas precoces instrucciones que los que son educados en la soledad. Así seria preferible esta educación, aun cuando no hiciese mas que dar tiempo de madurar á la infancia.

Hay otro género de excepciones contrarias respecto de aquellos que una índole feliz hace superiores á su edad. Así como hay hombres que nunca salen de la in-

(1) El precepto de no hacer nunca daño á otro, trae consigo el de estrecharse lo menos que posible fuere con la sociedad humana, porque en el estado social el bien de uno constituye por necesidad el mal de otro. Esta relación es de esencia de la cosa, y nunca puede mudar. Averigüese por este principio, cuál es mejor, si el hombre social ó el solitario. Un ilustre autor dice que el malo es quien vive solo, y yo digo que quien vive solo es el bueno. Si es menos sentenciosa esta proposición, es mas cierta y mas consecuente que la otra. ¿Qué daño haría el malvado, si estuviera solo? En la sociedad es donde procura dañar á los demás. Si retuercen este argumento en favor del hombre de bien, responde por el contexto del artículo á que se refiere esta nota.

fancia, los hay que, por decirlo así, no se paran en ella, y son hombres casi desde que nacen. Es lo malo que esta última excepcion es rarísima, difícil cosa atinar con ella, y figurándose cada madre que puede un niño ser un portento, no duda que su hijo lo sea: hacen mas; atribuyen á indicios extraordinarios los mismos que el órden acostumbrado denota: la viveza, las prontitudes, el atolondramiento, las ingenuidades graciosas, señales todas características de la edad, y que mas claro demuestran que el niño no es mas que niño. ¿Qué hay que extrañar que aquel á quien hacen hablar mucho y permiten que diga todo lo que le venga á la cabeza, que ni le ata atencion ni respeto ninguno, por acaso tenga alguna feliz ocurrencia? Mucho mas extraño fuera que no tuviera ninguna, como lo fuera que entre mil mentiras no predijese nunca un astrólogo ninguna verdad. «Tanto mentirán, decia Enrique IV, que al fin darán con la verdad.» El que quiera topar dichos agudos, no tiene mas que hacer que echarse á decir tonterías. Haga Dios mucho bien á tantas y tantas personas que no tienen mas mérito para ser muy obsequiadas.

Los mas brillantes pensamientos se pueden encontrar en el cerebro de los niños; ó mas bien, los dichos mas agudos en su boca, como los diamantes de mas subido precio en sus manos, sin que por eso ni los pensamientos ni los diamantes sean suyos; en esta edad no hay propiedad verdadera de ninguna especie. Las cosas que dice un niño no son para él lo que para nosotros, ni les atribuye las mismas ideas: estas, si algunas tiene, están en su cabeza sin órden ni conexion; nada hay fijo ni seguro en todo cuanto piensa. Examínese ese pretendido portento; en ciertos instantes hallaremos en él un muelle de una actividad extremada, una claridad de entendimiento que hiende las nubes; mas frecuentemente parece un entendimiento flojo, lacio, y como cercado de una densa niebla. A veces corre mas que nosotros, y á veces se queda parado. En ciertos instantes diríamos: es un ingenio sublime; de allí á un rato: es un tonto; y siempre nos equivocáramos, porque es un niño. Es un aguilucho que hiende un instante el aire, y vuelve luego á caer en su nido.

Tratadle como á su edad es propio, no obstante las apariencias, y guardaos de apurar sus fuerzas por haber querido darles sobrado ejercicio. Si se calienta este centro nuevo, si veis que empiece á hervir, dejadle fermentar primero libremente, pero no le exciteis nunca, porque no se exhale todo; y cuando se hubieren evaporado los espíritus primeros, comprimid y contened los restantes, hasta que andando los años se convierta todo en calor vivificante y verdadera fuerza. Si no lo hicieris, perderéis el tiempo y el trabajo, destruireis lo que habeis construido; y despues de haberos locamente embriagado con todos esos vapores inflamables, solo os quedará un residuo sin fuerza.

De los niños atolondrados se hacen los hombres vulgares; no sé que haya observacion mas general y cierta que esta. No hay cosa mas dificultosa que distinguir en la infancia la estupidez real de la aparente y mentida estupidez, que es el preludio de ánimo fuerte. A primera vista aparece extraño que tengan ambos extremos tan semejantes signos, pero debe ser así; porque en una edad en que todavía no tiene el hombre idea verdadera ninguna, la diferencia que media entre el que tiene mucho ingenio y el que no tiene ninguno, consiste en que este solo admite ideas falsas, y aquel que no halla ninguna verdadera las desecha todas; y se parece al estúpido que no es capaz de nada, en que nada le conviene. La única señal que puede distinguirlos pende del acaso, é cual suele presentar al último una idea á su alcance, mientras que el primero siempre y en todos casos es el mismo. Catón el menor parecia durante su infancia un imbécil en su casa: era callado y terco; este era el juicio que de él formaban. En la antecámara de Sylla fué donde aprendió á conocerle su tío. Si no hubiera entrado en esta antecámara, acaso le hubieran creído un bruto hasta la edad de la razon; si no hubiera vivido César acaso hubieran tratado de visionario á este mismo Catón que adivinó su funesto ingenio, y previó tan de lejos sus proyectos. ¡Oh cuán expuestos están á engañarse los que con tanta precipitacion deciden de los niños! Son muchas veces mas niños que ellos. En una edad bastante avanzada he visto á un

hombre que me honraba con su amistad, y que su familia y sus amigos le tenían por un entendimiento corto. Esta excelente cabeza se maduraba en silencio, y de repente se manifestó filósofo, y no dudo de que la posteridad le asigne un honroso y eminente lugar entre los que mejor han raciocinado, y los mas profundos metafísicos de su siglo.

Respetad la infancia, y no os deis prisa á juzgarla ni para bien ni para mal. Dejad que se anuncien, se prueben y se confirmen largo tiempo las excepciones, antes que para ellas adopteis métodos particulares. Dejad que obre largo tiempo la naturaleza, antes de meteros á obrar en su lugar, no sea que impidais la eficacia de sus operaciones. Decís que conocéis lo que vale el tiempo, y no le quereis perder, y no echais de ver que mas se pierde usándole mal que no empleándole, y que mas lejos está de la sabiduría un niño mal instruído, que uno que no lo está nada. ¡Os asusta el verle consumir sus años primeros en no hacer nada! ¡Cómo! ¿No es nada ser feliz? ¿No es nada saltar, jugar y correr todo el dia? En su vida estará tan ocupado. Platon en su *República* que tan austera creen, educa á los niños en fiestas, juegos, canticios y pasatiempos; parece que todo lo tiene hecho, cuando los ha enseñado á divertirse bien; y hablando Séneca de la antigua juventud romana: siempre, dice, estaba en pie, y nada la enseñaban que hubiese de aprender sentada. ¿Perdía algo por eso cuando llegaba á la edad viril? Asústeos por esta pretendida ociosidad. ¿Qué diriais de uno que por aprovecharse de toda la vida no quisiera dormir? Diriais: es un insensato; no goza del tiempo, que se le quita, y por evitar el sueño corre á la muerte. Pensad que aquí sucede lo mismo, y que es la infancia el sueño de la razon.

La causa de la pérdida de los niños es su aparente facilidad de aprender, y no vemos que esa misma facilidad es prueba de que nada aprenden. Lso y pulimentado su cerebro, repite como un espejo los objetos que se le presentan, pero nada retiene, nada penetra. El niño repite las palabras, las ideas se reflejan; los que las escuchan las entienden, él solo no las entiende.

Aunque sean la memoria y el raciocinio dos facul-

tades esencialmente distintas, no obstante, no se desenvuelve verdaderamente la una sin la otra. Antes de la edad de razon no recibe el niño ideas, sino imágenes; y media la diferencia de unas á otras, de que las imágenes no son mas que pinturas absolutas de los objetos sensibles; y las ideas, nociones de los objetos determinados por sus relaciones. Una imagen puede existir sola en el alma que se la representa; pero toda idea supone otras. El que imagina, se ciñe á ver; el que concibe, compara. Meramente pasivas son nuestras sensaciones, en vez de que todas nuestras percepciones ó ideas proceden de un principio activo que juzga: mas adelante demostraremos esto.

Así digo que no siendo los niños capaces de juicio, no tienen verdadera memoria. Retienen sonidos, figuras, sensaciones, rara vez ideas, y mas rara vez sus enlaces. Si me objetan que aprenden algunas nociones elementales de geometría, creen que han probado algo en contra de mi asercion, y por el contrario la comprueban: hacen ver que lejos de saber raciocinar por sí propios, ni siquiera saben retener los raciocinios de los otros; si no sígase á esos géometras chicos en su método, y vereis que solo han retenido la impresion de la figura y los términos de la demostracion. A la mas leve objeccion nueva no saben qué responder; invertid la figura, y no saben dónde están. Todo su saber se queda en la sensacion y no llega al entendimiento: su misma memoria es poco mas perfecta que las otras facultades, puesto que casi siempre es menester que vuelvan á aprender, cuando son grandes, las cosas cuyas palabras aprendieron siendo niños.

Estoy, no obstante, muy lejos de pensar que no hagan los niños ninguna especie de raciocinios (1). Veo

(1) Cien veces, cuando escribo, he hecho la reflexion de que no es posible en una obra larga dar siempre la misma significacion á las mismas palabras. No hay lengua tan rica que ofrezca tantos términos, locuciones y frases cuantas modificaciones pueden tener nuestras ideas. El método de definir todos los términos, y sin cesar sustituir la definicion á lo definido, es perfecto, pero no es practicable: porque, ¿cómo se ha de evitar el círculo? Las definiciones pudieran ser buenas, si no fueran precisas las voces para hacerlas. No obstante, estoy persuadido que es

por el contrario, que raciocinan muy bien de todo cuanto conocen y tiene relacion con su presente y sensible interés. Pero en lo que nos engañamos, es acerca de sus conocimientos, atribuyéndoles los que no poseen, y haciendo que raciocinen acerca de lo que no pueden comprender. También nos engañamos cuando queremos que hagan aprecio de consideraciones que en manera alguna los mueven, como la de su interés venidero, de su felicidad cuando sean hombres, de la estimacion que cuando sean mayores se grangearán; discursos que, dirigiéndose á seres privados de toda prevision, nada absolutamente significan para ellos. Y todos los estudios á que obligan á estos pobres desventurados, versan sobre asuntos enteramente ajenos de su inteligencia: júzguese qué atencion pueden poner en ellos.

Los pedagogos que con tanto boato nos preconizan las instrucciones que dan á sus discipulos, están impossibilitados para hablar de otra manera; no obstante, por su misma conducta se echa de ver que piensan exactamente como yo. Porque, al cabo, ¿qué es lo que les enseñan? Voces, mas voces, y siempre voces. Entre las diversas ciencias que se alaban de enseñarles, se guardan muy bien de escoger las que les fueran verdaderamente provechosas, porque serian ciencias de cosas y no harian progresos en ellas, sino en las que al parecer se saben cuando se conocen los términos, blason, geografia, cronología, lenguas, etc.: estudios todos tan distantes del hombre, y con especialidad del niño, que seria milagro si algo de todo esto pudiera serle útil una sola vez en su vida.

Extrañarán que mire como una de tantas inutilida-

---

posible ser claro aun en nuestra pobre lengua, no dando siempre la misma acepcion á las mismas voces, sino haciendo de manera que cada vez que se use una voz, la acepcion que se le diere la determinen lo bastante las ideas que á ella se refieran, y que le sirva, por decirlo así, de definicion cada período donde la voz se hallare. Unas veces digo que los niños no son capaces de raciocinar, y otras los hago raciocinar con bastante sutileza: en esto no creo que se contradigan mis ideas, pero no puedo menos de confesar que se hallará muchas veces contradicciones en mis expresiones.

des de la educacion el estudio de los idiomas; mas tén-gase presente que solo hablo aquí de los estudios de la edad primera, y digan lo que quieran, creo que hasta los doce ó quince años, ningun niño, exceptuando los portentos, ha aprendido verdaderamente los idiomas.

Convengo en que si el estudio de las lenguas solo fuese el de las palabras, esto es, el de las figuras ó de los sonidos que las expresan, pudiera este estudio convenir á los niños; pero mudando las lenguas los signos, también modifican las ideas que representan. Se forman las cabezas por las lenguas, y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas. Sola la razon es general; el raciocinio tiene en cada lengua su forma peculiar: diferencia que en parte pudiera muy bien ser causa ó efecto de los caractéres nacionales; y lo que al parecer confirma esta conjetura, es que en todas las naciones del mundo sigue la lengua las vicisitudes de las costumbres, y con ellas se conserva ó se altera.

Entre estas diversas formas da el uso una al niño, y es la única que hasta la edad de razon conserva. Para tener dos, fuera necesario que supiese comparar ideas. ¿Y cómo las ha de comparar, cuando apenas está en estado de concebirlas? A cada cosa le puede dar mil signos diferentes, pero á cada idea no le puede dar mas de una forma; así no puede aprender á hablar mas de una lengua. No obstante, me dicen, aprende muchas; lo niego. He visto algunos de estos portentos chicos que se figuraban que hablaban cinco ó seis lenguas, y los he oido hablar sucesivamente aleman con palabras latinas, con palabras francesas, con palabras italianas; manejaban á la verdad cinco ó seis diccionarios, pero nunca hablaban mas que aleman. En una palabra, dense á los niños tantos sinónimos cuantos se quieran: se mudarán sus voces no su lengua, que nunca sabrán mas que una.

Por encubrir en esto su incapacidad, los ejercitan con preferencia en las lenguas muertas, de las cuales no hay jueces que no puedan ser recusados. Como se ha perdido, muchos siglos hace, el uso familiar de estas lenguas, nos ceñimos á imitar lo que hallamos escrito en los libros; y eso llaman hablarlas. Siendo ese el la-

tin y el griego de los maestros, apréciase el de los discípulos. Apenas han aprendido de memoria su rudimento, del cual ni una sola palabra entienden, cuando les enseñan primero á poner un discurso castellano en palabras latinas; luego, cuando están mas adelantados, á zurcir en prosa frases de Ciceron, y en verso centones de Virgilio. Creen entonces que hablan latin: ¿quién se lo ha de contradecir?

En cualquiera estudio que sea, nada son los signos representantes, sin la idea de las cosas representadas. No obstante, limitan siempre al niño á estos signos, sin poder hacer nunca que comprenda cosa ninguna de las que representan. Cuando piensan que le enseñan la descripción de la tierra, solo le enseñan á conocer mapas: le enseñan nombres de ciudades, de países, de rios, que no concibe él que existan en otra parte que en el papel donde se los muestran. Me acuerdo de que ví, no sé donde, una geografía que empezaba así: *¿Qué es el mundo? Una bola de carton.* Esta precisamente es la geografía de los niños. Asiento como incontestable, que despues de dos años de esfera y cosmografía, no hay ni siquiera un niño de diez años, que en virtud de las reglas que le han dado, supiera ir de Madrid á Getafe. Asiento como incontestable, que no hay uno que con un plano del jardín del Retiro sepa seguir sus vueltas y revueltas sin extraviarse. Esos son los doctores que saben á punto fijo la situacion de Pekin, Ispahan, Méjico, y todos los pueblos de la tierra.

Dicen que conviene que se ocupen los niños en estudios que solo ojos necesitan, y así podria ser si hubiere estudios que solo ojos necesitaran; pero no sé que haya ninguno.

Por consecuencia de un error mas ridiculo todavía, les hacen que estudien la historia, imaginándose que está á su alcance, porque no es mas que una recopilacion de hechos. ¿Mas qué entienden por la palabra *hecho*? ¿Creen que las relaciones que los hechos históricos determinan, sea tan fácil comprenderlas, que sin trabajo se forme su idea en el espíritu de los niños? ¿Creen que se pueda separar el verdadero conocimiento de los sucesos del de sus causas, del de sus efectos, y que

tan poca sea la conexion de lo histórico con lo moral, que pueda conocerse uno sin otro? Si en las acciones humanas no veis mas que los movimientos externos y meramente físicos, ¿qué es lo que en la historia aprendeis? Nada absolutamente; y privado este estudio de todo interés, no os causa mas gusto que instruccion. Si quereis apreciar estas acciones por sus relaciones morales, probad á hacer que entiendan vuestros alumnos estas relaciones, y vereis entonces si es la historia para su edad.

Lectores, no perdais nunca de vista que no es quien os habla un sábio ni un filósofo, sino un hombre sencillo, amante de la verdad, sin partido ni sistema: un solitario que como comunica poco con los hombres, tiene menos ocasiones para empaparse en sus preocupaciones, y le queda mas tiempo para reflexionar acerca de lo que le choca cuando con ellos trata. Mis principios se fundan menos en razones que en hechos, y no creo que pueda hacer cosa mejor que referiros de tiempo en tiempo algun ejemplo de las observaciones que me los han dictado, para ponerlos en estado de juzgar de su verdad.

Habia ido al campo á pasar algunos dias en casa de una buena madre de familia, que cuida con mucho esmero de sus hijos y su educacion. Una mañana que presenciaba yo las lecciones del mayor, su ayo, que le habia instruido muy bien en la historia antigua, tratando de Alejandro, habló del suceso tan sabido del médico Filippo, del cual han hecho un cuadro, y ciertamente lo merece. El ayo, hombre de mérito, hizo acerca de la intrepidez de Alejandro muchas reflexiones que no me gustaron, pero que por no desacreditarle en el concepto de su alumno, no quise contradecir. A la hora de comer, no dejaron, segun es costumbre, de hacer charlar mucho al buen chiquillo, que con la viveza natural en su edad, y la esperanza de aplauso, dijo mil necedades, y entre ellas algunos destellos de agudeza, que eran causa de que se olvidaran de lo demás. Llegó al fin la historia del médico Filippo, que contó con mucho donaire y desenvoltura. Despues del acostumbrado tributo de elogios que exigia la madre y el niño esperaba,

discurrió la reunion acerca de lo que habia dicho. Los mas vituperaban la temeridad de Alejandro; algunos, á ejemplo del ayo, exaltaban su valor y entereza: lo cual me hizo ver que ninguno de los circunstantes sabia en qué se cifraba la hermosura del rasgo. A mí me parece, les dije, que si en la accion de Alejandro hubo el menor valor, ó la menor entereza, no es otra cosa que una locura. Reunióse entonces todo el mundo, y convinieron en que fué una locura. Iba á responder y á enardecerme, cuando llegándose á mi oído una mujer que á mi lado estaba, y no habia desplegado los labios, en voz baja me dijo: «Cállate, Juan Jacobo, que no te entenderán.» La miré, me chocó, y callé.

Sospechando por muchos indicios que mi doctor imberbe no habia entendido palabra de la historia que tan bien nos habia contado, le cogi por la mano despues de comer, di con él un paseo por el jardin, y habiéndole hecho preguntas á mi sabor, vi que mas que á ninguno le parecia admirable el valor tan decantado de Alejandro. ¿Pero sabeis en qué le cifraba? En el de beberse de un trago un brebaje de mal gusto, sin vacilar, sin hacer ascos. El pobre chico, á quien habian hecho tomar una purga no hacia quince dias, y que la habia tomado con infinito trabajo, todavía tenia el mal gusto en la boca; la muerte, el tósigo, no eran, á su entender, otra cosa que sensaciones desagradables, y no concebía él otro veneno que las hojas de sen. Hemos de confesar, no obstante, que habia hecho la entereza del héroe mucha impresion en su corazon novel, y que á la primera purga que fuese necesario tomar, estaba resuelto á ser un Alejandro. Sin meterme en explicaciones que evidentemente excedian á su capacidad, le exhorté á llevar adelante tan loable resolucion, y me volví, riéndome dentro de mí propio, de los padres y maestros que piensan que enseñan la historia á los niños. Fácil es hacerles coger en la boca las palabras de reyes, imperios, guerras, conquistas, leyes; pero cuando se tratare de atribuir á estas palabras ideas claras, habrá mucha distancia de la conversacion del hortelano Roberto á todas estas explicaciones.

Mal satisfechos algunos lectores con el *cállate, Juan*

*Jacobo*, veo que preguntarán dónde hallo la sublimidad de la accion de Alejandro. ¡Desventurados! ¿Cómo la habeis de entender, si es necesario que os lo digan? En que Alejandro creia en la virtud, en que creía á riesgo de su cabeza, á riesgo de su propia vida, en que era capaz su generosa alma de creer en ella. ¡Oh, qué hermosa profesion de fé era la bebida de esta purga! No; nunca mortal hizo una tan sublime. Si se halla algun Alejandro moderno, muéstrenmele con semejantes rasgos.

Si no hay ciencia de voces, tampoco hay estudio que á los niños convenga; si no tienen verdaderas ideas, no tienen verdadera memoria, porque no llamo así la que solo retiene las sensaciones. ¿De qué sirve imprimir en su cabeza un catálogo de signos que para ellos nada representan? ¿No aprenderán los signos cuando aprendan las cosas? ¿Para qué es darles el trabajo inútil de que los aprendan dos veces? Y á vueltas de eso, ¡cuán peligrosas preocupaciones les empiezan á inspirar, haciendo que tengan por ciencia palabras que ningun significado tienen para ellos! Desde la primera palabra con que se satisface al niño, desde la primera cosa que aprende, porque otro se la dice, sin que él vea para qué sirve, se ha perdido su discernimiento; mucho tiempo tendrá que figurar entre los necios, antes de reparar esta pérdida (1).

No; si dá la naturaleza al cerebro del niño esa flexibilidad que le hace idóneo para recibir todo género de impresiones, no es para que en él se impriman nombres de reyes, fechas, términos de blason, de esfera, de geo-

(1) La mayor parte de los sábios lo son á la manera de los niños. Menos resulta la vasta erudicion de la muchedumbre de ideas que de la de imágenes. Las fechas, los nombres propios, los lugares, todos los objetos aislados ó privados, únicamente se retienen por la memoria de los signos, y rara vez nos acordamos de una de estas cosas, sin ver al mismo tiempo el revés ó el derecho de la página donde la leimos, ó la figura en que por la vez primera la vimos. Esta era la ciencia de moda en los siglos pasados. La del nuestro es distinta; ni se estudia, ni se observa; se sueña, y con mucha gravedad nos venden por filosofia los sueños de algunas malas noches. Diránme que tambien yo sueño; convengo en ello: pero contra lo que hacen los demás, mis sueños los vendo por sueños; y dejo al lector que averigüe si pueden servir para algo á las personas despiertas.

grafía, y todas esas palabras que nada significan para su edad, que en ninguna otra son de provecho, y con que abruman su estéril y triste infancia; sino para que todas las ideas que puede concebir y le son útiles, todas las que á su felicidad se refieren y deben un día darles luces acerca de sus obligaciones, se graban desde muy temprano en caracteres indelebles, y le sirvan para que se conduzca, mientras dure su vida, del modo que á su ser y á sus facultades conviene.

Sin estudiar en libros, no por eso permanece ociosa la especie de memoria que puede tener un niño; retiene y se acuerda de todo cuanto vé, de todo cuanto oye; guarda dentro de su cabeza un protocolo de las acciones y los discursos de los hombres; y todo cuanto á él se acerca es el libro con que, sin pensar en ello, continuamente enriquece su memoria hasta tanto que lo pueda aprovechar su razon. En la eleccion de estos objetos, en la atencion de presentarle sin cesar los que pueda conocer, y ocultarle los que deba ignorar, consiste el verdadero arte de cultivar en él esta primera facultad; así se ha de procurar formarle un caudal de conocimientos, que le sirvan para su educacion en la juventud y para su conducta en todos sus tiempos. Verdad es que este método no forma portentos chicos, ni hace lucir las ayas y los preceptores; pero forma hombres juiciosos, robustos, de cuerpo y entendimiento sano, que sin haber sido el pasmo de los demás cuando niños, son acatados en siendo mayores.

Emilio nunca aprenderá nada de memoria, ni siquiera fábulas, aunque sean las de Samaniego, con todo su mérito; porque las palabras de las fábulas así son fábulas, como las de la historia son la historia. ¿Cómo es posible ser uno tan ciego que llame á la fábula la moral de los niños, sin notar que el apólogo los divierte engañándolos; que seducidos por la mentira no advierten la verdad, y que aquello que se hace para que les sea grata la instruccion, les estorba que de ella se aprovechen? Pueden las fábulas instruir á los hombres, pero á los niños es menester decirles la verdad sin disfraz; cuando se la encubren con un velo, no se toman el trabajo de descorrerle.

Hacen que aprendan los niños las fábulas de Samaniego, y ni siquiera hay uno que las entienda; es cierto, fuera peor que las entendieran, porque tan enredada es su moral, y tan poca proporcion guarda con su edad, que mas que á la virtud los incitaria al vicio. Otras paradojas, me direis. Sea en buen hora; empero veamos si son verdades.

Sostengo que un niño no entiende las fábulas que le hacen aprender, porque aunque nos empeñemos mucho en hacer que las comprenda, la instruccion que de ellas queremos sacar nos precisa á introducir ideas que él no alcanza, y la forma poética que tienen, ayudándole á que las tome de memoria, es causa de que las conciba con mas dificultad, de suerte que á costa de la claridad se compra el recreo. Sin hablar de la multitud de fábulas que nada tienen inteligible ó provechoso para los niños, y con tan poco discernimiento les hacen que aprendan, porque se hallan reunidas con las demás, citámonos á las que parece que hizo el autor para ellos.

De las pocas fábulas que en la coleccion de Samaniego hay adaptables á los niños, una de las que mejor pueden entender es la de *El cuervo y el zorro*, imitada con mucha felicidad de La Fontaine. La moral de esta fábula es comun de toda edad; los niños la aprenden con gusto, y es una de las que mas bien comprenden; analicémosla, pues, y examinémosla con cuidado.

En la rama de un árbol,  
Bien ufano y contento,  
Con un queso en el pico  
Estaba el señor cuervo.

¿Quién era el que estaba ufano y contento? ¿El árbol ó el cuervo? ¿Cómo ha de entender el niño esta inversion? Es poética, me dirán; fija la atencion en el cuervo, que es el sujeto que debe resaltar. Todas estas razones son para mí; no para el niño, que solo debe oír frases sencillas, y construcciones fáciles y naturales.

¿Qué quiere decir señor cuervo? ¿De quién es señor un cuervo? ¿Qué significa señor? Este epíteto se le da por burla. Cuando oiga llamar señor á uno, ¿no se figurará que es el cuervo apoderado del queso? Rara vez se

equivocará; pero esas no son las lecciones que quereis que tomen vuestros alumnos.

¿Cómo puede un cuervo tener un queso en el pico, sin que se le caiga? ¿Comen queso los cuervos? ¿Son esas las lecciones de historia natural que dais á vuestros hijos? No salgais nunca de la verdad.

Del olor atraído  
Un zorro muy maestro,

¡Qué olor da este queso que desde la rama del árbol penetra hasta la madriguera del zorro! ¿A este le gusta el queso? Poco estrago harian en los corrales, si no los frecuentaran mas que las lecherías.

¡Muy maestro! ¿Qué es lo que el zorro enseña? Bien sé que es maestro y doctor en tretas, y que no puede aplicarse epíteto con mas felicidad; pero esto lo sé yo, y no lo sabe el niño. Es preciso que le digais cuál es la indole natural del zorro, y cuál la que le atribuyen los fabulistas convencionalmente. ¿Y quereis que os entienda? Menester fuera para ello una poética del apólogo.

Le dijo estas palabras,  
A poco mas ó menos:

¿Conque hablan los zorros? ¿Y su habla la entienden los cuervos? ¿Qué has de responder, discreto preceptor, á esta pregunta tan natural del niño?

A poco mas ó menos es un ripio que ni para el niño ni para mí tiene disculpa.

Tenga usted buenos dias,  
Señor cuervo, mi dueño.

¡Mi dueño! ¿Qué quiere decir dueño? El que tiene esclavos. ¿Conque el zorro es esclavo del cuervo?

Vaya, que estais donoso,  
Mono, lindo en extremo.

¡Con qué arte gradúa el maulero los elogios! Arte perdido para el niño.

Mono, precedido del verbo *estar*, siempre es un elogio; cuando le antecede *ser*, suele ser un improprio. Para Emilio *estar mono*, cuando sea mayor, siempre lo tendrá á mengua; niño no lo entenderá.

Yo no gasto lisonjas,  
Y digo lo que siento.

¿Qué son *lisonjas*? ¿hay quien *las gasta*? ¿quien diga lo que no siente? ¡Pobre niño, cuántas lecciones de vicios hay que darte, y ninguna necesitabas! La profesion de veracidad del astuto zorro, es nuevo lazo tendido al imprudente y vanidoso cuervo; ¿pero tú, cómo has de apreciar sus artes, ó mas bien, la habilidad del poeta?

Que si á tu bella traza  
Corresponde el gorjeo,  
Juro á la diosa Céres,  
Siendo testigo el cielo,  
Que tú serás el Fénix  
De sus vastos imperios.

¡Qué valentía en la expresion! ¡Qué nobleza! ¡Qué hermosa poesía! ¡Cuántas cosas que el niño no puede apreciar!

¡Juro! ¿Qué es jurar? ¡Desventurado de ti, preceptor, si te atreves á explicárselo á un niño de seis años!

¿Qué cosa es una diosa? ¿Hay dioses machos y hembras? ¿Quién es Céres? ¿Quereis que empiece el niño á cursar mitología? ¿Quereis que á su edad el cielo, la tierra, la naturaleza entera, sean ya teatro de la mentira?

¿Qué pájaro es el Fénix? Nuevas patrañas y nuevas ficciones. ¿Tan estrecho recinto es el de las verdades, que tanta prisa os dais en sacar de él á vuestro alumno?

Al oír un discurso  
Tan dulce y halagüeño,  
De vanidad llevado,  
Quiso cantar el cuervo.

Nueva explicacion de lo que es *vanidad*, y de sus efectos, como si no valiera mas que Emilio no lo supiera, y como si no fuera esta feliz ignorancia natural consecuencia de nuestra educacion.

Abrió su negro pico,  
Dejó caer el queso.

Lo extraño es que no se le hubiese caído mucho an-

tes, por mas apretado que con su *negro pico* le tuviese.

El muy astuto zorro,  
Despues de haberlo preso

*Haberle* debiera decir, no *haberlo*. Emilio no escucha nunca frases incorrectas de boca de su ayo; por eso su sintáxis es siempre conforme á buenas reglas, y sus expresiones son castizas.

Le dijo: Señor bobo,  
Pues sin otro alimento  
Quedais con alabanzas  
Tan hinchado y repleto,

¿Conque *bobo* es aquel á quien engañan pícaros? La definicion podrá muy bien ser exacta; ¿pero conviene enseñársela á un niño? El cuervo no ha quedado *hinchado y repleto con las alabanzas*, sino hambriento y mohino. El adulator triunfante afila el puñal del escárnio para clavársele mas hondo á la victima. Si el ayo no le explica toda la perversidad del zorro, perdió la fábula su mérito. Si se la hace comprender, ¡cuán intempestiva y arriesgada leccion le da!

Digerid las lisonjas,  
Mientras digiero el queso:

¡*Digerir lisonjas!* ¡Osada y feliz metáfora! ¿Y la entiendo un niño de siete años?

Este análisis, que tan circunstanciado parece, mas lo fuera si hubiéramos seguido todas las ideas de la fábula, reduciéndolas á las sencillas y elementales de que se compone cada una. Empero ¿quién se figura que necesita de este análisis para que le entiendan los niños? Ninguno de nosotros es tan filósofo que sepa sustituirse á un niño. Vamos ahora á la moral.

¿Es bueno instruir á un niño de seis años en que hay hombres que mienten y adulan porque les conviene? Podríamos cuando mas instruirle en que hay chuscos que se divierten con la necia vanidad de los niños, y á solas se rien de ellos; pero el queso lo echa á perder todo: no tanto los enseñamos á que no le dejen caer del pico, como á que se le hagan caer á otro. Esta es mi segunda paradoja, y no la que menos importa.

Obsérvese á los niños cuando aprenden las fábulas, y se verá que al hallarse en estado de hacer aplicacion de ellas, casi siempre la hacen contraria de lo que es el ánimo del fabulista; y en vez de enmendarse del defecto de que quiere este curarlos ó preservarlos, se inclinan á amar el vicio con que se saca ventaja de los defectos de los demás. En la fábula que hemos analizado, se burlan los niños del cuervo, y se aficionan todos al zorro: en la de *La cigarra y la hormiga*, creéis que toman ejemplo de aquella, y de quien le toman es de esta. Nadie gusta de ser desairado; siempre escogerán el papel brillante, que es la eleccion del amor propio, y la mas natural. ¡Empero cuán horrible leccion para la infancia! El mas aborrecible de los mónstruos fuera un niño despiadado y avariento, que supiera lo que le pedian y lo negara. Todavía mas hace la hormiga que le enseña á escarnecer cuando niega socorro.

En todas las fábulas en que uno de los personajes es el leon ó el águila, como de ordinario es el que mas brilla, no deja el niño ó hacerse leon ó águila; y si le encargan de alguna particion, instruido por su modelo, bien procura tomarlo todo. Empero, cuando derriba el escarabajo los huevos del águila, entonces el niño no es águila, que es escarabajo, y aprende á tirar pelotas de inmundicia á los que no se atreve á acometer de firme.

En la fábula de *El lobo flaco y el perro grueso*, en vez de la leccion que le quieren dar, toma una de licencia. No me olvidare nunca de que vi llorar mucho á una niña que habian llenado de desconsuelo con esta fábula, exhortándola sin cesar á que fuera dócil. Costó mucho saber la causa de su llanto; al fin se supo. La pobre chica se aburría de estar atada; se sentía pelado el cuello y lloraba porque no era lobo.

De suerte que la moral de la primera fábula que hemos citado, es para el niño una leccion de baja adulacion; la de la segunda una de inhumanidad; la de la tercera de sátira, y la de la cuarta de independenciam. Aunque esta postrera sea para mi alumno superflua, no por eso conviene á los vuestros. ¿Qué fruto aguardais de vuestros afanes, dándoles preceptos que se contradicen? Empero, acaso por el mismo motivo que yo no